

UN GRAN TRABAJADOR

Los proyectos de Carmelo Alonso

Hace dos meses, quizá menos, se inauguró un servicio público de automóvil entre Rentería y San Sebastián.

La empresa parecía arriesgadísima por la competencia que forzosamente se entablaba con las compañías del tranvía y ferrocarril de la frontera. Hubo quienes supusieron que el negocio estaba fracasado. Hubo quienes afirmaron que el negocio sería grande porque lo dirigía uno de los hombres más trabajadores que ha dado de sí la región vasca. Este trabajador infatigable es Carmelo Alonso.

En efecto: el público respondió a la iniciativa. Veinte minutos desde la capital a la hermosa villa y viceversa, era el tiempo necesario para hacer el viaje cómoda y rápidamente.

Faltaba algo: traer más automóviles para que el servicio no tuviese apenas interrupción. Carmelo Alonso lo sabe mejor que nadie. Al plantear el negocio lo pensó así: eran necesarios tres coches: uno para que estuviese en Rentería cuando otro estuviese en el «boulevard» donostiarra y el tercero en el camino, o, a ser posible, dos en ruta mientras los otros dos esperaban.

Fué a Francia y no halló nada en condiciones para establecer este servicio automovilístico. En Alemania halló cuanto necesitaba. Dentro de muy poco serán varios los coches disponibles para efectuar el viaje que ahora lo hace uno solo, de cuarto en cuarto de hora.

No bastan estos trabajos para Carmelo Alonso. Quiere establecer durante el verano una línea entre San Sebastián y Azpeitia, por servicios individuales, económicamente, costando el viaje de ida y vuelta unas doce pesetas, cuando ahora se pagan ocho por solo ir desde

Arrona. Organizará también otro servicio, de carácter de excursionismo, muy interesante: dedicará unos días a dar la vuelta por Vergara y Oñate, recorriendo los puntos más hermosos de esta pintoresca provincia.

Por otro lado, quizá abarque otra línea, el trayecto de San Sebastián a Biarritz y excursiones por el valle del Baztán.

Hasta ahora el público le ha respondido cumplidamente. El señor Alonso está satisfecho de ello. Presta un gran servicio y recibe la recompensa necesaria.

Cuida de que el personal empleado en la conducción de los «autos» sea no sólo seleccionado entre lo mejor, sino prudente hasta el extremo de garantizar que no cometerá el más ligero exceso durante la marcha.

Es necesario que a este infatigable trabajador, hombre de historia de esfuerzo y de labor incesante, se le preste la ayuda necesaria en sus empresas, que respondieran paulatinamente al empeño puesto en realizarlas.

Ha de reconocerse que con lo que hace Carmelo Alonso se abren nuevas vías de comunicación, que las comunicaciones ganan no tan sólo en amplitud sino en rapidez, que es aumento de comodidad y de beneficio a la vida moderna de actividades del presente.

En este sentido, la provincia está de enhorabuena, como lo está Rentería por ser el punto de partida del que ha de ser gran negocio.

Y, si no, al tiempo.

Carmelo Alonso merece el aplauso de todos, por emprendedor, por inteligente y porque todo cuanto hace tiende a crear riqueza, sea en una u otra forma industrial, en el punto donde él establece su campo de acción.

Una elemental discreción me aconseja no reproducir lo estampado en el sobre, pero sí debo manifestar que a pesar de mi condición varonil, exenta de curiosidad femenina, al ver que en el sobre figuraba la palabra «Fotografía» no pude resistir al impetuoso deseo de la apertura.

Apertura de una fotografía.

Tenía que ser «ella» y guapa por añadidura.

No hay fea tan intempestiva que envíe su retrato a un hombre que pelea en el Riff.

La carta de mi hallazgo estaba dirigida a un soldado renteriano cuyo nombre omito.

La fotografía era magnífica, sin velos de ninguna clase, esto es, no estaba velada; la muchacha, guapa de verdad.

Yo no creo en las descripciones que hacen los poetas del rostro y demás circunstancias de una «gachi».

Tampoco me dice nada el análisis en prosa, que es así como una anatomía mal comparada de la vera efigie de una hembra, aun hecha por un escritor de talla que como es natural detalla ojos, nariz, boca y otros accesorios.

No me dicen nada: es más expresivo el pueblo.

Los castizos hubieran exclamado al ver el retrato de mi cuento: ¡Vaya una «tía»!

¡Una tía! ¡Qué rotundidad! Y el caso es que está dicho todo. El castellano, ampuloso y gongorino en los escritores de la decadencia retorna, por la savia del elemento popular, al laconismo latino y aun al greco-latino.

Yo sólo me permitiré añadir un adjetivo que está dentro de los cánones: ¡una tía estupenda!

A la fotografía acompaña un billete amoroso: no acompaña ninguna otra clase de billetes; lo digo con la mano puesta en la conciencia, que ya saben ustedes donde la tienen los hombres.

La fotografía no me atrevo a reproducirla en estas páginas.

La responsabilidad de ciertas reproducciones debe quedar exclusivamente a cargo del novio.

El contexto de la carta si van a saborearlo ustedes.

Y con esto complazco al editor de esta Revista que me pide algo de sabor local.

Véase cómo se expresa en la intimidad erótica una ingenua renteriana; pero antes debo advertir que el socorrido recurso de la ortografía incorrecta no puede utilizarse en esta ocasión. La chica escribe con el diccionario a la vista. Es una chica de principios.

«Querido José Manuel: Aunque te escribo en la cama no me puedo extender mucho para no robar horas al sueño. Ya te escribiré más despacio incluyendo una postal preciosa que he visto en el estanco de Andueza y que dice ¡Alma de mi vida! Casi se me han saltado las lágrimas pues el letrero está al pie de una pareja y él tiene algún parecido contigo, aparte lo del uniforme y lo moreno que dices te has puesto.

La fotografía que te mando no está a mi gusto: yo la quería iluminada pero dice el fotógrafo que no ha habido medio de que me salgan los colores a la cara. Vamos, que vengo a ser una «frescales».

Quizá adviertas que estoy algo chupada. No te extrañe, hijo; es mucha ausencia y yo me impongo algunos sacrificios que me desmejoran. Los domingos ya no voy al Venecia; y con mi amiga Rita nos vamos a las Ventas de Irún que es un baile más señor, pero un poco aburrido.

Lo único que me consuela es que no se ha casado ninguna amiga mía. Por los demás, Rentería está muy soso: las galletas se siguen haciendo por los procedimientos anticuados; en Capuchinos no salen del minio y del albayalde y la banda municipal toca los mismos bailables que antes de la catástrofe de Annual. Yo te tengo muy presente: aquellas medias de color de litargirio pálido que tanto te gustaban las reservo para el día de tu vuelta.

Que sea pronto porque nos estáis comiendo un costado; y como el sueño me

Pérdida

La administración de un periódico que circule bastante — y conste que no me refiero a esta Revista uniequinoctal — cuenta entre sus saneados ingresos los de publicidad por «pérdidas».

La cartera con documentos interesantes y con billetes de banco más interesantes todavía, el «imperdible» de escaso valor, pero inapreciable por ser recuerdo de familia, de familia, claro está, que se «llevaba» bien; la pulsera extraviada en alguno de los puntos del siguiente itinerario: calle de Viteri, Pasajes, Ategorrieta, Alameda, Prin-

cipe, Monte de Piedad; el perrito infiel que se fugó dejando en el mayor desconsuelo a su amita; la piel que echó de menos una señora desde el Gran Casino hasta su casa; y por este estilo joyas, bolsos, cortes de pantalón, cajas de polvos, paraguas, cubrecorsés, etc., etc.

Abundan las personas dignas que leen el anuncio y devuelven la prenda hallada; la eficacia de la publicidad es innegable.

Porque tengo fe en ella quiero anunciar en estas columnas mi hallazgo.

Mi suerte es menguada y no es una cartera bien nutrida, ni una joya de alto valor, ni siquiera un perro grande o chico.

Ha sido una carta caída en un portal solitario de una de las casas de esta villa.